



HOMILÍA EN LA MISA DE UNCIÓN DE ENFERMOS

Lourdes, 8 de julio

Queridos hermanos: Hemos peregrinado desde nuestras tierras de Orihuela-Alicante para venir a postrarnos a los pies de la Virgen de Lourdes, en la Gruta donde ella se quiso mostrar para acercarse, una vez más, a nuestra Humanidad en sus desamparos y necesidades. Especialmente para mostrar su amor de madre a aquellos hijos que sufren en situación de dolor, de enfermedad.

Por ello creemos que, en nuestra Peregrinación Diocesana, esta Santa Misa en la que nuestros enfermos podrán recibir el Sacramento de la Unción de Enfermos, tiene un significado muy especial, un valor y una centralidad grande y significativa en el corazón mismo de nuestra Peregrinación a Lourdes.

María, toda ella está referida a su Hijo, a Jesús. Y nos conduce a Él y a su voluntad, tal como manifestó en aquellas palabras lapidarias que dirige a los criados en las Bodas de Caná: "Haced lo que Él os diga". Hacer lo que nos dice Jesús es fundamental, es lo que nos pide su madre.

Cuando leemos el Evangelio nos percatamos con claridad de lo que es la actuación de Jesús y de lo que son sus preferencias, podríamos decir sus sentimientos, lo que le nace de lo más profundo de su ser. Y es evidente que le nace la compasión, la misericordia. Lo vemos tantas veces. Así en el Evangelio que acabamos de escuchar (Mt 8, 5-13); acaba de oír la situación de enfermedad y de dolor que le expone el centurión, y vemos la respuesta inmediata de Jesús: "Voy yo a curarlo". Y añadirá, ante la fe grande del centurión, y ante su humildad: "Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído". "Y en aquel momento se puso bueno el criado".

Al igual que entonces, Jesús sigue viniendo en los sacramentos a nuestras vidas. Concretamente en el Sacramento de la Unción de los Enfermos tiene lugar el encuentro entre Cristo y la persona que padece, con quien está afectado o impedido por la enfermedad o por su edad muy avanzada.

Cuando Jesús se dirige a sus discípulos y les dice: "Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios" (Mt 10,8), les está pidiendo que hagan las mismas obras que Él; fijémonos como en la primera lectura que hemos escuchado, en el Libro de los Hechos (Hch 3, 1-10), hemos visto a los Apóstoles Pedro y Juan ser conscientes de esto y actuar en consecuencia. Pues en el Sacramento de la Unción de los Enfermos no sólo nos encontramos con Jesús sufriente, sino también con la acción –por medio de sus discípulos, de su Iglesia- de Jesús médico que curó a los enfermos.

En el Evangelio de Marcos se describe cómo los discípulos curan a los enfermos: “Expulsaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (Mc 6,13). Los Santos Padres y el Concilio de Trento parten de este fragmento del Evangelio para explicar el Sacramento de la Unción. Un signo visible que nos da noticia de una realidad, una gracia invisible. El aceite cura, es símbolo de fortaleza espiritual, generador de energía. A la vez, el aceite es símbolo de luz porque es capaz de mantenerla encendida. De esta forma, en el Sacramento de la Unción, el sacerdote es portador de toda esta realidad que viene de Dios, y forma parte de su identidad porque actúa “in persona Christi”, como su testigo cualificado y en comunión con toda la Iglesia, ya que el Sacramento –unción con el óleo Santo e imposición de manos- se constituye en acción saludable en su sentido más profundo.

La Iglesia primitiva basaba su comprensión de la Unción de los Enfermos en una exhortación del apóstol Santiago: “Si alguno de vosotros cae enfermo que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él y lo unjan con el óleo en nombre del Señor” (St 5, 14s). Añadiendo en el v.15: “Si, además, tiene pecados, se le perdonarán”. El receptor del Sacramento de la Unción es el enfermo, y no necesariamente un pecador. Pero, si uno pecó, puede tener la confianza en que, por la oración y la unción con el aceite, también recibirá la fuerza reconciliadora de Jesús. Jesús en persona, mediante el sacerdote, extiende su mano sanadora sobre el enfermo y lo acepta incondicionalmente.

Recordemos estas palabras de Jesús: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Estas palabras tienen un carácter programático para nosotros, discípulos suyos, para la Iglesia, y pensemos que quien hace esto posible está en la línea de amar como Dios ama. Así dice el Concilio Vaticano II: “Con la unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve” (LG 11). Fijémonos, pues, en la fórmula de la unción, que dentro de esta celebración dirán los Sacerdotes sobre los enfermos: “Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad”.

El Sacramento de la Unción de los Enfermos es un don particular del Espíritu Santo, una gracia que reconforta, que da paz y coraje para vencer las dificultades propias de la enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez. Por eso, es el sacramento de la esperanza, porque es una nueva proyección de la vida, llamada a ser vivida en cristiano, tanto si es para entregarla a Dios mediante su propio ofrecimiento, como si es para seguir caminando habiendo obtenido la salud.

Termino manifestando una convicción que me ha acompañado en todos mis años de Sacerdote: es sumamente deseable que todos los enfermos puedan recibir la Unción. Es una responsabilidad del propio enfermo, de la familia o personas cristianas más próximas, de los propios sacerdotes, y de la comunidad cristiana. Es una lástima que muchos mueran sin haber recibido los sacramentos porque –“hay que esperar para que no se impresione”. Esto se debe evitar, más si, como tratamos desde la diócesis,

procuramos todos por una pastoral de enfermos y mayores renovada e intensificada en nuestras parroquias, hospitales y residencias, y la presencia del sacerdote en las casas y en los centros de salud y de mayores se intenta que sea de lo más normal, ayudados por profesionales cristianos y un laicado implicado en un campo de urgente necesidad y de imperiosa caridad.

Todos hemos conocido y conocemos, también, enfermos, profesionales y familias que son ejemplo para toda la comunidad cristiana (incluso para sus vecinos y conocidos) cuando, haciendo caso de lo que dice el apóstol Santiago, llaman al Sacerdote en cualquier circunstancia y a la hora que sea. Benditos sean.

Pidamos al Señor por una conversión de ciertas mentalidades y porque con su gracia impulse una renovada mentalidad y pastoral ilusionada en este campo. Recemos por los que aquí y ahora van a recibir este gran sacramento en esta celebración, junto a la Virgen, para que todos vivamos con fe estos momentos, sintiéndonos agradecidos al Señor por este Sacramento precioso, auténtico don de vida y de esperanza. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.